



### CONCLUSIÓN

**L**A Revolución, que había empezado en Europa en el siglo xviii y que se había unido á la impiedad, duraba aún y se extendía más ó menos encubierta, y por esta causa la Compañía de Jesús, que había sido víctima de ella, debía encontrar necesariamente grandes obstáculos en su restablecimiento; así es que, ya suprimida, se vió expuesta á las mismas hostilidades que en otro tiempo, y tenía que sufrir nuevas borrascas; hostilidades y borrascas que han de continuar, porque la Compañía no puede menos que luchar en todas las épocas y bajo todas las condiciones.

Ha durado más de tres siglos este combate entre el vicio y la virtud, entre la verdad y la impostura; y aunque el examen reflexivo de los hechos debe bastar para que todo ánimo atento y despreocupado forme su juicio acerca de la inocencia de la Compañía, réstanos, sin embargo, establecer una apreciación moral aparte de la historia, aunque sacada de la misma historia.

Para fallar sobre una corporación religiosa es indispensable conocer á sus amigos y enemigos, á sus admiradores y sus impugnadores.

La Iglesia ha contado en los tres últimos siglos multitud de piadosos y doctos personajes cuyo solo nombre es un título de gloria: San Carlos Borromeo, Santo Tomás de Villanueva, San Cayetano, San Juan de Dios, San Pío V, San Luis Bertrán, San Felipe Neri, San Camilo de Lellis, Santa Teresa, Santa María Magdalena de Pazzis, San Francisco de Sales, San Vicente de Paúl, San José Calasanz, San Andrés Avelino, San Alfonso de Ligorio, todos sin excepción alguna, fueron los

apologistas ó los protectores del Instituto de Loyola.

Todos los Santos desde el origen de la Compañía han marchado con ella, y ni uno solo le ha sido hostil ó indiferente.

Treinta y cinco Pontífices, desde Paulo III hasta Pío IX, han ocupado la Silla apostólica, y sólo Clemente XIV, obligado por las circunstancias, hostilizó la Compañía; otros tres ó cuatro Papas discordaron de los jesuitas, y esto no en cuanto al modo de proceder ni al conjunto de las Constituciones, sino sobre algunos puntos que deseaban modificar, como, por ejemplo, que la Compañía tuviese coro, sin dejar por eso de proteger á la Orden, y todos se sirvieron del broquel que San Ignacio de Loyola legó al Catolicismo.

Aparte de los Papas, hablando generalmente, todos los Obispos, Monarcas, escritores, individuos de las Ordenes regulares, y cuantos se han distinguido por su piedad ó por su celo religioso, han sido amigos de los jesuitas; y por el contrario, entre sus enemigos es muy cierto que se han contado los que lo eran de la Iglesia.

Al ver esta comparación, que cada uno puede hacer en la historia y en la época presente, será fácil formarse una idea exacta de lo que ha sido y es la Compañía de Jesús. Examinando sus partidarios y sus antagonistas, y estudiando las creencias de unos y otros, no habrá lugar á la duda. Sucumbió la Compañía á impulso de una coalición agrupada bajo la enseña de la incredulidad; fué rehabilitada por Pío VII, y presentándose otra vez en el mundo, ve renacer en torno suyo los mismos enemigos y los mismos defensores.

A. M. D. G.